

× BREVES APUNTES

SOBRE IDEAS MODERNAS DE CRIMINOLOGIA

Tesis previa al grado de Doctor en Jurisprudencia, leída el 31
× de Julio de 1915, por el Sr. César H. Semblantes



CAPITULO I

EL UNIVERSO Y EL HOMBRE

AREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

Sin pretensiones de sabiduría y como un medio de meto-
dizar el estudio que nos hemos propuesto, queremos hablar
algo sobre las teorías de la formación del Universo y el origen
del ser perfecto por excelencia: el hombre; si valorizamos la
vida y tratamos de remontarnos—por pura inducción—al mun-
do vivido ya, a la existencia pasada, al germen mismo del
desarrollo de la humanidad y al génesis del cosmos en donde
se ha desenvuelto toda vida, tenemos que generalizar nuestra
existencia y el pequeño mundo en que flotamos, para remon-
tarnos al origen del tipo prodigio y del planeta, que en la in-
mensidad universal, es sólo un átomo.

Profundizar los arcanos del pasado, penetrar en el misterio
intangibile de los seres, buscar la solución al gran problema de
la vida, remontarse al génesis terriblemente tenebroso del ayer
enturbiado por los siglos, es tarea en que la ciencia no tiene
bases de granito todavía:

El mundo en que vivimos, no es más que un punto del
vasto engranaje multiforme que engloba el sistema universal.

Este o ha sido eterno, o ha tenido su razón de ser en una causa primera. Como dice Spencer o ha existido por sí mismo o se ha creado a sí mismo o ha sido producido por un ente superior. [1]. Si lo primero como no ha tenido principio no es efecto, ha sido incausado y por consiguiente eterno; si lo segundo ha tenido en sí la razón de su existencia y si lo tercero ha necesitado de una causa que lo cree. Adoptando la primera hipótesis como racional y que más se acerca a los postulados de la ciencia, no podemos concebir que un ser se cree a sí mismo, o es un juego de palabras que nada significa o de significarlo refiérese sólo a transformaciones de materia, puesto que ésta no puede tener en sí la razón de su existencia y no teniéndola es menester buscar su causa, en cuyo caso volvemos al punto cuestionado. Si el Universo ha sido creado, hay que admitir que hubo un tiempo en que no existió y no existiendo necesitó de una causa, una fuerza que lo engendre; ahora, cuál es esa causa? cuál esa fuerza? qué había antes de esa causa? qué había antes de esa fuerza? La nada; y, cómo en la nada flotaba la causa, la fuerza que dió vida al Universo? y cómo de la nada pudo nacer algo? Como son los dos supuestos imposibles queremos creer que antes del Universo había algo: la materia y ex-nihilo no nace nada, por consiguiente la materia es el Universo. “Imagínese una fuerza creadora, una potencia absoluta, un alma primitiva, una X incógnita como causa primera del mundo y será preciso, aplicándole la noción del tiempo, decir que no ha podido existir antes ni después de la creación. No podía existir antes de la creación, puesto que la idea de semejante fuerza era incompatible con la de la nada o la inacción. Tampoco podía existir una fuerza sin crear; de otro modo sería preciso imaginarse que permaneció inactiva durante algún tiempo en una inercia y un reposo completos, teniendo ante sí a la materia informe e inmóvil, lo cual es un absurdo. No podría existir después de la creación, porque la inacción y el reposo son incompatibles con la idea de semejante fuerza y encierran, al propio tiempo, su negación. Una fuerza que no se manifieste de algún modo, no puede existir; o por lo menos nuestra inteligencia no puede tener de élla conocimiento.

Sólo resta una tercera hipótesis tan singular como inconcebible: la de que la fuerza creadora hubiese surgido derrepente de la nada, creando el mundo “[de qué?] y después de la creación se hubiere replegado en sí misma, dándose por decirlo así, al mundo y disolviéndose en el Universo” (2).

[1] Primeros Principios.

(2) Buchner.—Fuerza y Materia.—Página 10 y 11.

La materia y la fuerza son inseparables, pues no se concibe la una sin la otra: la materia sólo, tendría que ser eternamente muerta, pues para pasar de la inacción a la acción necesitaría del nacimiento de la fuerza y ésta no ha podido nacer *ex-nihilo*; luego si la materia actúa es por estar inseparable de la fuerza. Ésta no puede ser sin la materia; su pujanza poderosa tiene que obrar y reobrar sobre algo, pues sería un absurdo una fuerza sin acción, un movimiento sin un cuerpo en el cual bregue, una propulsión sin la resistencia de un algo tangible y material; luego como no hay sonido sin ondulaciones trasmisoras, no hay luz sin las vibraciones del éter, no hay calor sin las refracciones solares, no hay sucesión de noches y días, sin el movimiento del planeta sobre su eje y al rededor del centro del sistema, como no hay chispa sin el contacto de dos polos opuestos, como no hay existencia sin el oxígeno vivificante, no hay materia sin fuerza, ni fuerza sin materia. Luego la materia y la fuerza eternamente unidas, no han tenido principio ni tendrán fin.

Con el progreso de las ciencias Físicas y Naturales, en especial de la Química, se ha venido en conocimiento de que nada se crea, nada se pierde, en el vasto arsenal de la naturaleza y que, por tanto, el Universo y todo lo que se halla dentro de él, han sido eternos e increados; efectivamente, las flamas cambiantes y lumíneas del astro más grande del sistema desprenden calor, que engendrará los vapores, [1] estos energía mecánica, rozamiento, que dará electricidad, ésta sonido, luz, etcétera; dentro de estas fuerzas, encontramos muchos cambios de materia, un variado proceso de fenómenos calóricos, mecánicos, eléctricos, acústicos, luminosos. La evaporación de las aguas que se hallan en la superficie del planeta, condensadas, forman las nubes viajeras de la bóveda cerúlea; con el calor del solsticio de verano, ellas se difunden en el espacio y clarea la atmósfera intangible; en el extremo solsticial de invierno, disminuye la temperatura, las nubes bajan, aparecen los nimbus precusores de tormenta, y el rayo culebrea a lo lejos y la tempestad se desata: las aguas que vaporizadas formaron la niebla, la bruma, la nube, vuelven al seno de la tierra en forma de escarcha, rocío, granizo y otros fenómenos pluviosos. La vida que brota del fondo del misterio, multiforme y variada, desde la larva hasta el águila impetuosa, desde la ostra hasta el excelso poder del super-hombre, son formas, que en desorganización perió-

(1) Si tomamos el calor del sol es sólo para demostrar que todo se relaciona con todo; mas esta fuerza es producida, por la radiación solar, por las combustiones, acciones químicas, efectos mecánicos, rozamiento, percusión, etc.

dica, irán a fecundizar la tierra, y del cadáver, donde floreció una vida, donde fulgió la idea crepitante y grandiosa, nacerán nuevos seres, nacerán nuevas vidas; y en una metamorfosis continua y en un cambio evolutivo de materia, bajo el tibio fulgor de un sol que nunca muere, saludarán a la efloreciente naturaleza, desde el fondo del osario, el gusano imperceptible y el árbol gigantesco y la vida resurgirá: un arbusto nacerá por cada idea, una flor por un latido. Y el cosmos germinará tantos seres y tantas manifestaciones de vida; en evolución continua y ordenada, como matices puede presentar el paisaje de una tarde señorial, dormida en calma, en un lecho esmeráldico de chispeantes soles polvorientos, que diluyéndose en albos cortinajes, formen una acuarela extraña de lluvias de colores; un jardín sideral, vestido de todas las primaveras y todos los otoños.

“La materia es inmortal, indestructible y ninguna partícula de polvo, por pequeña que sea, puede perderse ni confundirse en el Universo. El nacimiento y muerte de las formas y formaciones orgánicas e inorgánicas no son producto de una materia que no existiere con antelación como se creía en algún tiempo, sino que este cambio no es más que la continua metamorfosis de las mismas materias primitivas, cuya masa y calidad son siempre invariables. Por medio de la balanza se ha hecho el estudio de las modificaciones numerosas y complicadas que experimenta la materia y se la ha visto surgir constantemente de una combinación cualquiera en la misma cantidad en que había entrado. Quemando un pedazo de madera parece que las partes de que se componía se han consumido por el fuego y por el humo. La balanza del químico prueba, por el contrario, que no solamente no ha perdido un átomo de su peso sino que ha aumentado; y demuestra que los productos recogidos y pesados, no sólo contienen exactamente todas las materias que constituía la madera sino además algunas otras tomadas del aire, en virtud de la combustión” (1).

Como dice Giordano Bruno, el gran reformador, quemado por el fanatismo de los pueblos. “Lo que se siembra se convierte en yerbas, después en frutos, después en pan, jugos nutricios, sangre, esperma, embrión, hombre y cadáver; después en tierra, piedra u otro cuerpo sólido y así sucesivamente. Por estos hechos reconocemos algo que se transforma en todos los seres y que sigue siempre siendo lo mismo. De este modo nada parece constante, eterno y digno de que se le dé el nombre de principio, más que la materia”.

[1] Buchner.—Loc. cit.—Página 14.

Empedocles, el de la Grecia, cuna de los genios, decía: “Los que imaginan que nace alguna cosa que no haya existido antes, o que algo muere o perece completamente, son niños o gente de escasa inteligencia.

El pensamiento, como una forma de la materia viva, no puede ser sin calor, movimiento y energía y no puede funcionar sin el vínculo estrechísimo del mundo extrahumano; por consiguiente, dentro del terreno intelectual y aún del moral, tenemos transformaciones de materia, impulsión y repulsión; lo que significa que todo viene de todo, y nada se crea ni se pierde en la naturaleza.

El célebre naturalista Dubois Reymond dice: “La materia no es un vehículo al que se enganchan o desenganchan las fuerzas a guisa de caballos. Un átomo de hierro es y sigue siendo lo mismo; ya sea que recorra el Universo en un aerolito, ya que resuene en la línea férrea, o ya que chispée como glóbulo sanguíneo en las sienas de un poeta. Estas propiedades son de toda eternidad, inalienables, intransmisibles”. “No es posible comunicar o dar fuerzas sino tan sólo despertarlas o desarrollarlas. El magnetismo no puede, como parece, ser transmitido, sino únicamente excitado, activado, modificando el estado de agregación de su medio. Las fuerzas magnéticas son inherentes a las moléculas de hierro, y en una barra imantada, por ejemplo, se halla principalmente en el punto donde menos se las percibe, o no se las percibe de todo punto; esto es, en el medio. Imagínese una electricidad, un magnetismo, sin el hierro o sin los cuerpos en que hemos notado las manifestaciones de esas fuerzas, sin las partículas cuyas mutuas relaciones y disposición molecular son precisamente causa de tales fenómenos, y tendremos una noción informe, una abstracción vacía de sentido, a la que habremos dado un nombre especial para poder entendernos de algún modo. Si no hubieren existido jamás partículas susceptibles de ser electrizadas, tampoco habría existido nunca la electricidad, y no hubiésemos podido llegar sólo con la abstracción a adquirir de ella el menor conocimiento, ni a tener la idea más insignificante”. (1)

No hay efecto sin causa. Todo fenómeno se dice, tiene su causa, el Universo es un fenómeno, luego debe tener causa; pero así como no hay efecto sin causa, no se concibe un efecto que no tenga su razón, su principio en un fenómeno de la misma naturaleza; de ahí que todos los fenómenos que encontramos dentro del Universo, tengan su causa en él, todos los efectos de la materia sean engendrados por la materia; en otros términos, todo

(1) Mulder citado por Buchner.—Fuerza y Materia.—pág. 8.

el infinito encadenamiento de hechos tengan su fuerza en el orden material; ahora bien, el Universo para ser efecto debe tener por causa creatriz una de la misma naturaleza; como el Universo es materia, materia debe ser su causa, y como el Universo está dentro de la materia o ésta dentro del Universo, se deduce que éste es increado o que no reconoce causa". "Toda causa que conocemos, es material, es un estado particular de la materia. La causa de la electricidad desarrollada en una sustancia, es el frotamiento o la combinación química, la influencia de otro cuerpo electrizado. La causa de la formación de las imágenes es la reflexión o refracción de la luz. La causa de la oscuridad de la noche es el movimiento de rotación de la tierra. La causa de la formación de la hulla, es la descomposición de las sustancias vegetales en virtud de las leyes de afinidad química. Todas estas causas son de un orden puramente material o físico: son estados atributos o modos de ser de la materia. Igual cosa puede decirse de los fenómenos intelectuales. Todo lo que pasa en la inteligencia es producido por imprecisiones que hacen en ella los fenómenos que nos rodean. La sensibilidad es una impresión directa; es decir una intuición. La memoria consiste en el recuerdo de hechos que hemos sentido; el juicio es una relación, una comparación establecida entre dos ideas que se sienten; el deseo es un efecto del juicio formado sobre tal o cual cosa; la imaginación es una combinación del juicio y la memoria. Nuestras ideas dependen de nuestra organización física y están sujetas a los cambios y a las leyes de los medios y las circunstancias exteriores, a las condiciones del mundo en que vivimos y al desarrollo y decadencia de nuestro cuerpo. El pensamiento sigue las leyes que regulan la evolución de los organismos, aún la ley de la herencia; y si se recorre la escala zoológica desde los animales más imperfectos hasta los animales más superiores, se verán que las transiciones son imperceptibles y que la serie puede considerarse como continua.—Un salto brusco parece tener lugar al pasar al hombre, cuya civilización revela una grande inteligencia; mas este vacío aparente queda llenado cuando se incluyen en la serie el hombre primitivo y el salvaje de nuestros tiempos y sobre todo cuando se estudia el desarrollo paulatino del individuo desde la cuna hasta el sepulcro; desarrollo en que el pensamiento es continuamente una función proporcional al estado de perfección del organismo. Este solo hecho es suficiente a probar que la inteligencia depende de los órganos materiales; que el pensamiento es una manifestación de una combinación material y que el alma lejos de ser el ser *sensiente* es la propiedad de pensar inherente al organismo. De todo esto se deduce que todo fenómeno, es decir hecho todo particular, tiene su

causa. Esa causa se halla siempre dentro del Universo. (1) De otro lado, como habíamos dicho que el efecto debe ser de la misma naturaleza que la causa, no podemos concebir que el Universo tenga una causa sobrenatural, un espíritu impenetrable que desvirtuaría el postulado de la ciencia y con esto nada ganaríamos, puesto que si reconocemos algo sin causa no hay razón suficiente para concebir “el proceso incausado del Universo que el proceso incausado de la potencia creadora”, pues ésta como efecto debía tener su causa en otro ser y así hasta lo infinito.

El segundo argumento con el que se quiere probar la creación del Universo, es el de la relación de lo contingente y necesario; Balmes es el más profundo defensor de este argumento, en su Filosofía Elemental. El mundo es contingente por que continuamente lo vemos cambiar dice; se equivoca Balmes, pues si hay en la naturaleza transformaciones de materia, si hay cambios y sucesión de fenómenos, no quiere decir esto que cambie la sustancia, la misma que permanece eterna; hay más, probamos ya que nada se pierde ni se crea en la naturaleza y que todo el proceso fenomenal del Universo no es sino manifestación de la materia que cambiándose de forma, conserva inalterable su sustancia. Si el Universo fuera contingente podría dejar de ser, y esto es un absurdo: una conmoción de la fuerza centrífuga o centrípeta, un desequilibrio en el plano de la elíptica, un rompimiento de la ley de gravitación, un choque de algún astro del sistema, podría, de ser posible, destruir el orden armónico del gran equilibrio Universal; pero no por esto dejaría de existir la materia, apta para nuevas organizaciones y propulsora de nuevos fenómenos y nuevas creaciones. En el fondo de ese caos, se conservaría prepotente y grandiosa la fuerza de la materia fecunda y de ella surgirían los nuevos horizontes y los nuevos mundos siderales, ya que no es posible, que del vasto laboratorio Universal nazca la nada, surja el vacío; luego el mundo no es contingente.

Otro de los argumentos es el teleológico. “Teleología es la doctrina que sostiene la finalidad, es decir la predestinación de todo lo existente”. De esto se deduce que teniendo todo un fin, todo marcha a su destino con el mayor orden y estricta perfección: sale el sol en Oriente y en un carro de rayos fulgurantes, se levanta magestuoso, sobre el terso paisaje de los cielos, y del punto culminante de su altura desciende, en su viaje luminoso, al gris agonizante de la tarde, con el cortejo arrebolado.

[1] El cristianismo ante la Filosofía, la Moral y la Historia por Antonio Llano.—pág. 5 y 6.

de las nubes; sucede la noche tenebrosa, se estremecen los cielos y tiemblan las estrellas en el espacio bruno y al profundo misterio de la noche le despierta el alba naciente y seductora y vuelve el día con todos sus encantos de una manera uniforme y regular. Vemos que la temperatura disminuye, a medida que nos acercamos a los polos y que las noches se alargan o los días según el paralelo en que habitemos.

Observamos que en ciertas épocas del año se desata la tempestad y en otras el calor es sofocante, todo con una precisión matemática; especialmente en los pueblos que se hallan entre el trópico y el círculo polar y entre éste y el polo, ya que en la zona ecuatorial hay alguna alteración en sus estaciones. Constatamos que en el polo Norte, en el solsticio de invierno, existe una larga noche de seis meses, mientras en el polo Sur es día continuado; esto nos prueba la regularidad de las leyes, la perfección del Universo; pero mirando el otro lado del problema, encontramos las grandes revanchas de la naturaleza: las tempestades, los terremotos, las avenidas, los turbiones, los vientos devastadores y otros grandes fenómenos que parecen imperfecciones del sistema. “El agua del mar que hace una parte de la tierra inhabitable para los seres superiores, cubre las tres cuartas partes de su superficie, que podría estar poblada por razas emprendedoras; los grandes huracanes, inutilizan vastos territorios cubriéndoles con las arenas de la playa, llevan por doquiera la destrucción de los mismos cuerpos que se van desarrollando de acuerdo con las leyes de regularidad y perfección y llenan el alma del pobre viajero de espanto y de terror, antes de sepultarlo despiadadamente; viven los seres organizados en continua lucha y en guerra sin tregua y la vida de unos depende de la muerte y el sufrimiento de otros, sin que sea posible evitar esta ley eterna de desolación; destruye un volcán en un día lo que se ha formado en varios siglos, y el desarrollo de un fenómeno cualquiera es interrumpido bruscamente por un terremoto o una inundación. El mismo criterio que nos muestra la perfección de los primeros hechos, nos muestra que los últimos son *imperfectos* y puesto que el hombre puede concebir un Universo con mejores leyes, el argumento de perfección queda desvanecido. Además la perfección del Universo no sería más sorprendente que la perfección de la causa primaria y si el uno requiere causa la otra habría menester” [1]. Esto dentro del orden físico, que en el intelectual vemos lo mismo: el ser humano cumpliendo inevitablemente sus funciones; el entendimiento que piensa, la memoria que recuerda, la sensibilidad que

[1] Llano.—Obra citada.—Páginas 15 y 16.

siente, la voluntad que desea, el corazón que circula, el pulmón que respira, el hígado que secreta, el estómago que nutre y todos los mil órganos que cumplen una función circunscrita son la muestra más perfecta de la naturaleza; pero los seres anormales desmienten esta perfección y el cumplimiento ineludible del fin predestinado: el idiota, el loco, el alienado, en general, no tienen su cerebro perfecto y, por consiguiente, no cumplen sus funciones; el sordo, el mudo, el ciego, el tullido, el enfermo, tienen muertos, si se quiere, el órgano respectivo.

“El golpe más fuerte que se ha dado a la Teleología es el descubrimiento de órganos rudimentarios dice Llano”. Los órganos rudimentarios son aquellos, que no tienen función, que no cumplen fin alguno, que no prestan utilidad al ser que los posee; dejemos hablar a Haeckel en este punto: “Numerosos embriones de rumiantes entre otros los de los rumiantes domésticos, poseen en la mandíbula superior, en el espesor del hueso intermaxilar, dientes incisivos cuya erupción o salida no se verifica jamás y que, por lo tanto, no tienen ninguna utilidad. Los embriones de muchos cetáceos (ballenas) que más tarde tendrán ballenas en vez de dientes, tienen antes del nacimiento, cuando les es absolutamente imposible comer, mandíbulas provistas de dientes, que jamás han de funcionar” (1). Además, de todos estos órganos rudimentarios, que no cumplen función alguna, ya por no tenerla o ya por atrofia, en nuestros antepasados, como sostiene Darwin, es un hecho científicamente aceptado que la repetición de un acto facilita su cumplimiento y que la función habitual de un órgano le adiestra más para el desempeño de su destino: la sutileza de vista de un marino, el equilibrio de un cobrador de trenes, la fuerza de un atleta, el oído de un músico, el gusto de un perito en culinaria, etc., son innegables; de otro lado, la falta de ejercicio del órgano respectivo le hace perder la función, o por lo menos la atrofia en sus lineamientos principales: criad un niño en la obscuridad, cuando queráis que vea, que penetren los rayos de luz por su pupila, la cornea, el iris, la retina, el humor vitreo estarán cuasi muertos, su órgano no funcionará. Haced que un individuo coma siempre la salsa de Licurgo y poco tiempo después lo mismo le será comer manjares, o alimentos detestables; poned a un ser, niño todavía, en una selva impenetrable, donde no tenga con quien comunicarse y habrá perdido el don de la palabra. Haced que el hombre se dedique a trabajos rudos sin ver la luz bienhechora de las almas, sin cambios e intermitencias de placer, como en galeras o en los trabajos forzados de los tiempos idos y habréis

[1] Historia de la Creación Natural.—Ernesto Haeckel.

hecho de un cerebro robusto y bien organizado un órgano incapáz de una idea, menos de un juicio o un proceso de abstracción. Luego hay que poner en juego todos los órganos, ejercitarlos, depurarlos y cultivarlos, para que cumplan su destino; dando así un terrible mentís al argumento teleológico “demostrándose que no ha habido un ser, un ente superior que haya arreglado la materia para ciertos fines”. En lo referente al argumento de la conformidad de todos los pueblos sobre la existencia de una potencia creadora y sobre el consentimiento y la conformidad de todos sobre tal hecho, comprobaremos en el capítulo segundo de esta tesis: La ley natural, la pobreza de esta argumentación. En cuanto a los atributos y cualidades que se le atribuyen a la causa primaria, sinteticemos con las palabras de Mansel citado por Spencer. “Puesto que los conceptos fundamentales de la teología racional, se destruyen mutuamente, el mismo antagonismo existirá en sus aplicaciones especiales: ¿Cómo la omnipotencia lo puede todo y no puede obrar mal en virtud de su bondad infinita? ¿Cómo la Justicia infinita castiga inexorablemente y la misericordia infinita perdona al culpable? ¿Cómo la sabiduría infinita conoce todo lo futuro y la libertad infinita puede hacerlo y evitarlo todo? ¿Cómo, en fin la existencia del mal es compatible con la de un ser infinitamente perfecto? Porque si la causa primaria quiere el mal, no es infinitamente bueno; y si no lo quiere su voluntad es cohibida y su esfera de acción limitada, puesto que el mal se realiza”. (1)

Finalizaré este punto con las palabras de Llano: “Si la materia no puede encerrar en su esencia los elementos y condiciones de su propia existencia ¿por qué puede la causa primaria tener en sí misma las condiciones de la suya? Si las leyes del Universo requieren un poder superior que las establezca y las mantenga ¿por qué los actos de la causa primaria sí pueden existir sin una causa superior que los disponga y los regule? Si la materia tiene que ser condicionada, subordinada y dependiente ¿por qué la potencia creadora no tiene que serlo? por qué Ella puede ser absoluta e independiente y la materia no puede gozar de estos atributos?. Si es preciso que la materia haya tenido un principio y que tenga un fin ¿por qué la potencia creadora puede existir sin principio y sin fin? Si la causa primaria explica el misterio del Universo ¿qué o quién explica el misterio de la causa primaria? En una palabra si la causa primaria ha creado la materia, ¿qué o quién ha creado a la causa primaria?...

(1) Spencer.—Primeros Principios.

Presupuesto que el Universo ha sido incausado, aceptamos como una de las manifestaciones evolutivas de la materia, la hipótesis de la nébula difusa, que va pasando a ser teoría, y que fue expuesta por el filósofo de Koenisberg [1755] y desarrollada por Laplace muchos años después [1796] sin conocer la de su predecesor: Al principio dicen: el Universo fue una inmensa nebulosa que animada de un movimiento de rotación ha podido alcanzar un intenso grado de calor.—A medida que se enfriaba semejante nebulosa debió diversificarse hasta adquirir una consistencia suficiente, permitiendo su velocidad sobre su eje, la segmentación de sustancia en la zona de su ecuador, de un modo análogo al que el físico belga M. Plateau ha ideado en una experiencia curiosísima e inmortal en el campo de la investigación científica: “En un vaso que contenga agua y alcohol, se deposita una gota de aceite, que irá al fondo del vaso si la densidad no es apropiada y que podrá subir hasta el centro del mismo si se le añade agua hasta modificar su densidad. Colocada la gota en semejante disposición, si se le atraviesa con una aguja de hacer media y se le imprime de un movimiento rotativo, la esfera dejará de ser esférica un momento, se aplastará en los polos, se hinchará en la zona ecuatorial; y finalmente, desprenderá de ella un anillo análogo al que vemos en los dibujos del planeta Saturno, capaz de segmentarse en diferentes esferas que pueden girar al rededor de la esfera madre y primordial” (1).

Cuatro grandes épocas se hallan en el transcurso de la nébula difusa, a la formación de nuestro planeta, suficientemente solidificadas sus capas geológicas y aptas, para dar vida, al último eslabón de la gerarquía animal: el hombre: Primaria, (primitiva), secundaria, terciaria y cuaternaria: En la primera se formaron las diversas capas y aparecieron diversos vegetales: algas, musgos, helechos; en la segunda hubo más aptitud para las aves y reptiles y para que las plantas: pinos, abetos, robando la fecundidad virgen de la tierra, se levantaran desafiando la altura de los cielos; en la tercera, apareció la fauna portentosa, que avasalladora, terrible sembrara el terror en todas partes y acometiera, en su vida errante, al hombre primitivo.

En la cuarta, fortalecida un tanto la estructura del planeta, surgió el hombre, el más apto, el más perfecto, el más inteligente de los luchadores por la vida.

Estudiemos someramente su aparición, su origen:

Hemos visto que en la época terciaria, envueltos en la tiniebla de lo arcano, aparecieron los organismos que tienen un

[1] E. Legrange.—El Hombre Primitivo.

puesto preferente en la escala zoológica animal: los mamíferos y entre éstos, en el período pioceno, apareció el mono, llevando dentro de sí todo el esfuerzo y el impulso que le contaminara la exuberante vida de la naturaleza; y como ya hemos comprobado que todo viene de todo y que todo efecto de la naturaleza tiene su causa en la naturaleza; el producto material, tiene su causa material, no somos nosotros los que vamos a romper el equilibrio de esta ley, dando diverso origen al hombre, que por perfecto y grandioso que se nos presente, no es más que un efecto de sus antecesores vivientes. Nuestra vanidad, nuestro amor propio, chocan con el concepto, quizás un poco triste de tener por ascendientes a seres inferiores. El hombre que penetra en el fondo de las cosas, que escruta, con su cerebro poderoso el caos de lo incognoscible, aquél que se levanta hasta la comba de los cielos y mira de hito en hito las rutilaciones de los astros, rompiendo el oleaje tumultuoso del espacio; aquel que burla el rayo y lo aprisiona bajo el cordón elaborado por sus manos; aquel que silencia el mar y lo humilla y lo avasalla, paseando su planta poderosa por el cristal de sus rugientes tumbos; aquel que une distancias, con el penacho de la locomotora y se comunica por medio del hilo prodigioso o de la onda vibratoria. Aquel que es Franklin el del rayo; Edison el de la luz; Napoleón el de la guerra; Homero el de la lira; Betowen el de la armonía; Pasteur el de la ciencia; Newton el de la gravitación; Colón el de lo desconocido; Mirabeau el del verbo; Hugo el de la pluma; Vinci el del pincel; Pujet el del mármol y mil genios más, repugna, francamente, el creer que tengan por antecesor un animal. Mas, vuelto el reverso del problema, las cosas cambian, la razón cede, el orgullo se subyuga y la vanidad sucumbe: el idiota que en su estrecho intelecto no funciona el pensamiento y no bulle ni una idea, vive una existencia completamente animal, sin luz en su cráneo tenebroso y sin fuego en su ser involutivo; sigue su carrera completamente vegetativa, sin darse cuenta del medio, ni ser impresionado por el medio; el loco, el paralítico, el epiléptico, el enfermo en general, y aún dentro de lo normal, el hombre prehistórico y el salvaje actual, tienen tan pocas diferencias del gorila, del chimpancé, del orangután y algunas especies de hielobatos. Vamos a verlo: no tratamos de comprobar, estudiando profundamente la estructura y composición del organismo humano, las afinidades con los de los mamíferos superiores, porque a más de ser insuperable la tarea, nada se puede añadir a los estudios maravillosos y completos de los Lamark, Darwin, Haeckel, Owen, Huxley, Wallace, etc.; por lo que se ve de una manera general, los órganos del hombre y el de sus antece-

sores cumplen las mismas funciones y tienen la misma textura; "el hombre dice Huxley difiere menos de los monos superiores que éstos de los miembros inferiores de su mismo grupo": el hombre y sus antecesores adolecen de las mismas enfermedades y el sistema de curación es idéntico; además tienen los mismos gustos y pueden alimentarse con muchas sustancias de las que se sirve el hombre y bien pudiera extenderse esta experiencia, puesto que el uso de alimentos es cuestión de adaptación. Por otra parte, detengamos un momento la mirada en el hombre de la época cuaternaria: "Su talla era pequeña, dice Lagrange, su cráneo alargado, deprimido y estrecho, provisto de una frente baja y fugitiva, que pasaba como un relámpago sobre los arcos frontales, prominentes y fuertes.—Plana la cabeza por arriba, presentaba en la región oxipital un desarrollo excesivo.—Su cara cubierta en su totalidad de ásperos e hirsutos pelos, ofrecía unos ojos penetrantes y avanzados, que parecían menos por la prominencia amenazadora y soberbia de la barba, donde al reír se veían unos dientes agudos, espaciados y desgastados hacia adentro. Sus brazos eran cortos, pero las manos eran grandes, demasiado largas, colgantes, como guantes caídos y a medio salir de los dedos" (1). La posición unas veces miraba hacia arriba y otras adoptaba la de los cuadrumanos, carecía de la palabra; pues en los esqueletos arrancados del seno de la tierra no se ha encontrado la *apófosis geni* donde se insertan los músculos de la lengua. En su vida errabunda o inconsciente vagaba por la tierra, evitando el golpe de sus terribles enemigos y bregando por hallar un algo para satisfacer sus necesidades imperiosas; no tenía ideales, su pensamiento paseaba por la sombra y repleto de energías ancestrales tendía a vencer en lucha titánica y feroz, a quienes le disputaban su presa y querían ejercer su imperio en el fondo de la selva.

Cuando retrocedemos al pasado, e investigamos las múltiples generaciones que se han sucedido en la escalinata de los siglos y nos detenemos en los seres antehistóricos, encontramos que no hay un paso brusco del animal al hombre. Con todo, la teoría darwiniana, se desquiciaba un tanto, porque no había un eslabón intermediario entre el hombre primitivo y su inmediato antecesor; pero, Eugenio Dubois, después de remover seis años osamentas, encontró en Java, cuatro siglos después del descubrimiento de América el intermediario soñado por la

(1) Lagrange.—Obra citada.

ciencia; el *pithecanthropus erectus*; y hoy, dicha teoría va convirtiéndose en un postulado para los hombres de estudio.

La diferenciación más saliente entre el mono y el hombre se encuentra en las facultades intelectuales y morales; más estas diferencias son sólo de grado, mas no de esencia; ocupando el hombre solamente el más alto puesto en la evolución. La diferencia, por inmensa que sea, entre las facultades de uno y otro, no nos autoriza a romper una clasificación ni asignar al hombre diverso origen como la diferencia, más grande todavía, existente entre el coccus, la ostra por ejemplo, y una hormiga no nos hace colocar a la segunda en una clase aparte "pues como dice Darwin la diferencia entre un coccus y una hormiga es mayor, aunque de un género algo distinto de la que hay entre el hombre y un mamífero superior. El *coccus* hembra se une con la trompa a una planta, cuya savia chupa sin cambiar nunca su posición. Allí es fecundada por el macho, allí pone sus huevos y tal es toda su historia; en cambio como ha probado P. Huber, la descripción de las costumbres mentales de las hormigas hembras ocuparía una voluminosa obra: "Las hormigas se comunican recíprocamente sus impresiones y se unen entre ellas para hacer un mismo trabajo o para jugar unidas. Reconocen a sus camaradas después de ausencias de varios meses. Constituyen vastos edificios, que conservan con limpieza y cuyas aberturas cierran por la noche, colocando en ellas centinelas. Construyen caminos y hasta túneles debajo de los arroyos. Recogen el alimento para la comunidad y cuando un objeto traído al hormiguero, no puede ser introducido en él por su excesivo tamaño, agrandan la puerta, que luego reconstruyen de nuevo. Salen en bandadas organizadas para combatir y sacrifican su vida por el bien común. Emigran conforme a un plan preconcebido. Capturan esclavas y guardan ofidios en concepto de vacas de leche" [1].

Lo que engloba a la especie humana, en la escala animal, son los hechos que la observación nos pone a nuestra vista: cuantos fenómenos se ven de mujeres que dan a luz seres híbridos, animales perfectos, con una que otra manifestación de ser humano y seres humanos con miembros de animal; se dirá que impresiones en momentos críticos producen esta anomalía; pero si no tuvieran la misma naturaleza, si no hubiera afinidades estrechísimas, tal fenómeno no sucedería. Vemos que el mono y otros animales de esta clase, sienten atracciones de amor hacia la mujer y cuantas comuniones sexuales no darán

[1] Darwin.—El Origen del Hombre.—Página 164.

un fruto animal-hombre, como muy bien nos pinta Montalvo los repetidos encuentros de las amazonas con los monos de las selvas. En París no ha mucho era una diversión muy lucrativa la presentación del hombre león, que tenía más de éste animal que de hombre. Hay más, la etnología y etnografía nos dan una prueba abundantísima de las vinculaciones entre el hombre y sus antecesores. Si el hombre es maravillosamente perfecto es por ser la resultante de una serie interminable de seres, que dentro de la esfera de su desarrollo, han ido desvolviendo su especie, mediante el paso gigantesco de su evolución; y condensando el esfuerzo matriz de sus vigorosos ancestrales, repleto de energía, ha seguido su destino todavía lejano, llevando en sí los gérmenes de la herencia, las tendencias a la variación y el ojo escrutador de la selección y adaptación: fuerza pasiva, activa y perfeccionadora.

(Continuará)



ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL